



## EL UNIVERSO HUMANO

*Charles Olson*

Traducción: Martha Block

Existen leyes, lo que equivale a decir que el universo humano es susceptible, al igual que el otro, de ser descubierto y definido.

La dificultad radica en que un hombre queda tan sorprendido ante la posibilidad de triunfar sobre su propia incoherencia, que se detiene ahí, se exalta, y torna luego a sí mismo contento con lograr, al menos, un poco de sentido. O, si dice algo a otro, cree que basta —la batalla ha sido ardua y algo aterradora— con envolverlo en un poco de misterio; ¡oh, el camino es duro, pero si persistes, esto es lo que logras!

Lo que necesitamos ahora es una mirada más fría, una discriminación y luego, un grito. *Der Weg stirbt*,<sup>1</sup> dijo. Y tenía razón ¿no? La pregunta es: *was ist der Weg?*<sup>2</sup>

### I

La dificultad de descubrimiento (en el denso mundo humano, puesto que se trata de nosotros mismos y nada que esté fuera de nosotros), reside en que la definición es parte del acto tanto como lo es la sensación, puesto que la vida es preocupación consigo misma, que la conjetura a su respecto, es parte de ella, en igual medida en que lo es su irrupción en nosotros, su despliegue. En otras palabras, nosotros somos el instrumento de descubrimiento así como, también, el instrumento de definición.

Se explica naturalmente, entonces, que el lenguaje sea la piedra angular de todo el asunto, y que, si queremos ver algunas de

<sup>1</sup> El camino muere

<sup>2</sup> ¿Qué es el camino?

estas leyes otra vez, se haga necesario examinar, ante todo, la condición actual del lenguaje, y me refiero al lenguaje precisamente en su doble significado de discriminación (logos) y de grito (lengua).

Hemos permanecido por un periodo demasiado largo sujetos a generalizaciones, al menos desde el 450 a. C., y esto ha dejado su marca en los mejores de nosotros, en las mejores cosas. El logos (o el discurso) durante este tiempo ha marcado, por ejemplo, tan profundamente nuestro concepto y uso del lenguaje, que sus otras funciones, las del habla, reclaman su reintegración, a tal extremo que algunos de nosotros nos hemos vuelto hacia los jeroglíficos o los ideogramas en un intento por recuperar el equilibrio. (La distinción aquí es entre el lenguaje como acto del instante y el lenguaje como acto del pensamiento sobre el instante).

Pero no podemos ya detenernos ahí, si es que alguna vez fue posible. Puesto que los hábitos del pensamiento son los hábitos de la acción, y aquí, también, hay que luchar de nuevo por lo particular. De hecho, ¿quién podría —dada la identidad entre descubrimiento y definición— desentrañar el lenguaje de la acción? Aunque se trata de una de las primeras facetas erróneas de la ley que intentaré erradicar, se comprende fácilmente —a luz de esta identidad— que los griegos llegaron a declarar toda especulación como encerrada en el “UNIVERSO del discurso”. Es su palabra, y ésta ha sido desde entonces el refugio de todos los metafísicos, como si también el lenguaje fuera un absoluto, y no (al igual aún que el hombre) un instrumento, que no debería ser extendido, por grande que sea el apremio, hasta abarcar lo que cada uno —hombre y lenguaje— es en virtud de: aquello que nos ha tocado compartir —y que es suficiente— de poder y belleza, de modo de no requerir una exageración de las palabras, y en especial de aquella, “universo”. Pues el discurso difícilmente podría ser tal, o sólo de modo arbitrario. En todo caso, así extendido (habiendo tomado el logos una exagerada desproporción

respecto del habla viva), el discurso terminó arrogándose una buena parte de la experiencia que necesitaba permanecer en su sitio, que necesita ahora ser devuelta a los dos universos que importan, los dos universos fenoménicos, los que atañen al hombre por lo mucho que tiene que padecerlos: aquél al que pertenece en tanto organismo, y aquél que es su medio, la tierra y los planetas.

No alcanzamos a ver cómo dos modalidades del discurso, inventadas al parecer por los griegos, interfieren enormemente en nuestra experiencia e impiden el descubrimiento. Son la resultante de aquella predisposición de Sócrates para generalizar, de su gusto (por una predilección personal) en hacer un universo a partir del discurso, en vez de permitirle permanecer en su real dimensión de servicio. (No se observa lo suficiente que el logos, y la razón que lo acompaña, sean apenas una etapa que el hombre debe dominar y no aquello por lo que generalmente se los toma: una disciplina última. Más allá de ellos está la percepción directa y los contrarios, que disponen del argumento. La armonía del universo, e incluyo al hombre en ella, no es lógica o, mejor, es post-lógica, como lo es el orden de cualquier cosa creada). Con Aristóteles hacen su aparición los dos grandes instrumentos: la lógica y la clasificación. Son éstos los que se han entretreído tan íntimamente con los hábitos de pensamiento que interfieren en la acción, la interfieren absolutamente, diría yo.

No puedo eludir tampoco al tercero entre estos grandes griegos: Platón; aquél ante quien —por una suerte de amplitud y estilo— se rinden con más facilidad los hombres de mi tribu. Su mundo de ideas, de formas separables del contenido, es un problema tan grande y peligroso como lo son la lógica y la clasificación, y debe ser percibido como tal si es que queremos alcanzar alguna alternativa al sistema griego. Platón será —como decía Melville— un pozo de miel, una trampa, pues, para todas las hormigas, y el lugar donde, una y otra vez, mis contemporáneos mueren o pierden lo mejor de sí mismos. El idealismo de toda

especie, como la lógica y la clasificación, interfieren en el instante mismo en que se los toma por algo más que un medio, en que se les permite convertirse en un fin (medios en tanto que fines), en vez de medios *para* un fin, un FIN que no es nunca más que este instante, que no es nunca más que tú en este instante, tú, desentrañándolo y actuando, en consecuencia. Si existe algún absoluto, nunca es más que éste, este instante, en acción.

Desde donde, en consecuencia, tendríamos que avanzar. Lo que vuelve insatisfactorios a una gran parte de los actos de la vida, como de la escritura, es que la persona y/o el escritor se contenta con hacer tan sólo una forma (aquello que dicen o hacen, o un poema, un cuento o lo que sea) seleccionando del contenido total una faceta o plano o parte. En ese preciso punto, por ese acto, recaen en las evasivas del discurso y, en ese instante, me pierden, ya no estoy comprometido; no es esto lo que entiendo por avanzar (y a cuyo respecto yo, como ellos, quisiera un poco de luz y también, en consecuencia, de placer). Se ha transformado en una demostración, en una separación de cosas, en un acto de clasificación y, de este modo, en una detención, y lo que yo sé es que ahí ya no está, que todo se ha vuelto falso. Para cada uno, en cada instante, se yuxtaponen, en cualquier experiencia—incluso en la más singular—, diversos planos, además de aquél arbitrario y discursivo al que estamos hereditariamente habituados.

No culpo a los griegos, pues en definitiva se trata de nosotros mismos, que no hallamos los medios para acceder a la experiencia tal cual es, en nuestra definición, y la expresión de ella; en otras palabras, no hallamos los medios para permanecer en el universo humano sin llegar a parcelar la realidad en algún punto, de algún modo. Pues esto es lo que hacemos, lo que se ha venido dando y el modo en que se puede exponer el proceso como hoy se afirma. Es la función, *comparación*, o su denominación mayor, *simbología*. Estas son las dos caras erróneas, bien conocidas, que encubren y mantienen en desuso los estados intelectua-

les activos: la metáfora y la ejecución. La comparación no hace más que establecer una serie de puntos de *referencia*: comparar es tomar una cosa y querer entenderla señalando sus similitudes y diferencias con relación a otra. Y ése es el problema, pues no es tanto que sea similar o diferente (estas similitudes y diferencias son sólo aparentes), sino que este análisis consigue sólo una *descripción*, no logra aprehender lo que realmente importa: que una cosa, cualquier cosa nos impacta por algo más importante, su existencia misma, sin referencia a ninguna otra existencia; en resumen, aquello que reclama nuestra atención, aquello que nos acucia a saber más sobre ella, es su particularidad. Esto es lo que nos confronta, no su “clase”, como tampoco ninguna jerarquía (sea de cantidad o calidad), sino la cosa misma y su *pertinencia* para nosotros que somos la experiencia de ella (más allá de lo que pueda significar para otro, o de cualesquiera relaciones que pueda tener).

Tiene que haber un medio de expresión para esto, un medio que no sea divisivo, como lo son las frases hechas y las inversiones de los griegos, tiene que haber un medio que sea no excluyente sino incluyente, que salga al encuentro de lo que ocurre a cada instante, un medio que, para definir, no desvíe, distraiga, desbarate, deteniendo el acto de descubrimiento.

He estado viviendo durante algún tiempo con un pueblo que es más o menos el descendiente de una cultura y una civilización opuesta a aquello que hemos conocido nosotros, cuyos hijos somos. Llama la atención que sea únicamente el amor y la carne lo que parecería llevar en ellos, aún, la marca de sus antepasados; que el resto de lo que fue una grandeza distinta de la nuestra se haya perdido bajo el impacto de nuestro avance. Y hoy, salvo cuando sus cuerpos se entrechocan en un autobús, o cuando revelan la profundidad y la tenacidad de su amor en el ámbito familiar, son pobres fracasados del mundo moderno, incapaces incluso de procurarse agua para beber o lavarse cuando las lluvias

de junio no alcanzan a llenar los aljibes. Han perdido la capacidad de sus antepasados para realizar obras en común. Pero hacen algo cuyo secreto ningún contemporáneo conoce, no obstante poseerlo aún por naturaleza: llevan su carne con la diferencia que da una comprensión que es común. Cuando los caminos se zarandean contra cualquiera de ellos —niños, mujeres, hombres—, la carne es de lo más apacible, generosa, nada de esa contracción que en los Estados Unidos procura al hombre, por el resto de su vida, el mayor cuestionamiento a sus derechos sobre los alcances indómitos de su propio organismo. El acceso que esta gente me otorga, así como sucede entre ellos, es directo, y el individuo que asoma en esa carne es precisamente él mismo, un curioso animal errante como yo; son tan hermosos, tan animales los ojos humanos cuando no se lleva la carne tan ceñida; ¡qué humana e individuada surge la mirada del ojo humano cuando no se exagera su propia casa!

No resulta fácil salvar aquí el subjetivismo, afirmar esto de modo que ustedes comprendan que no se trata de una observación, sino de una primera ley para restaurar la casa del hombre. Pues lo notable en estos lermehños<sup>3</sup> con los que vivo (en contraste, por ejemplo, con la gente de la ciudad vecina) es que aquí las criaturas de grandes orejas y pequeños ojos permanecen como la minoría que debieron haber sido siempre, antes que los visitantes los volvieran valiosos y les permitieran salir de sus agujeros y proliferar y dispersarse sobre la tierra. Nada es accidental, y el hombre, como la naturaleza, no hace nada sin un plan o la disciplina para transformar el plan en hechos. Y si es verdad que vivimos ahora con temor a nuestra propia casa y fácilmente podemos encontrar las razones de ello, también es cierto que podemos encontrar las razones de por qué, aquellos que no viven o vivieron como nosotros, lograron resolverlo de modo distinto al nuestro.

<sup>3</sup> Nativos de Lerma, pueblo de pescadores mayas del Estado de Campeche, México.

Mi suposición es que estos mayas contemporáneos son lo que son porque una vez operó un concepto que mantuvo la atención en un grado de estabilidad tan alto que: 1, los hombres podían permanecer intensamente interesados en la expresión y el gesto de todas las criaturas, incluyendo al menos tres planetas, además del rostro humano, ojos y manos, de modo tal que inventaron un sistema de registro escrito, denominado ahora jeroglífico, que, en su aspecto mismo, es verso; los signos eran elegidos con tanta claridad y densidad que retienen, tallados sobre la piedra, el poder de los objetos de los que son la imagen; 2, eran capaces de reunir piedras con la suficiente proporción como para decorar un monte cercano y convertirlo en un torreón para el fuego, o en un observatorio, o en uno de los pilares de un recinto donde la gente, al amparo de la sombra, podía intercambiar camotes por sandalias; 3, podían cocer el barro hasta convertirlo en potes suficientemente porosos para permitir que el agua tamizara y se enfriara, lo bastante recios para cocinar la iguana y el pescado, y tan elegantes como para dar a la ceremonia el lugar que le corresponde, también en los más elementales actos humanos. Y cuando la gente tiene tal disposición no debería sorprender que, mucho antes de estos logros, esta misma gente obtuviera una mejora de la naturaleza —la domesticación del maíz—, que es todavía una de las maravillas del mundo, incluso para una nación de Burbanks,<sup>4</sup> y que mucho después de todos sus logros, lleven aún sus cuerpos con el sabor y la distinción de los que carecen los cuerpos de los norteamericanos, con sus lechugas de irrigación y su brillante fruta madurada en refrigeración. Pues la verdad es que la manipulación de la naturaleza externa de modo tal que no pierda ninguna de sus virtudes, así en los vegetales como en el arte, supone un malabarismo tan delicado de su contenido, como

<sup>4</sup> Burbank, Luther (1849-1926) E.U., naturalista que produjo algunas nuevas especies.

hábil y delicada tendría que ser la manipulación de uno mismo por cualquiera de nosotros. Y cuando los hombres no alcanzan a ser tales malabaristas, no alcanzan a dar con un medio de expresión equivalente a la complejidad de su propia naturaleza, la carne, efectivamente, se obtura. La diversión desplaza al trabajo que es nuestra razón de estar aquí. La calidad de espectador corroe la participación como condición de la cultura. Bonos y premios son la recompensa ideada por los monopolios para protegerse del ascenso de hombres capaces, de la antigua idea del hombre inventivo: su propia empresa. Toda inventiva o ingenuidad personal es ahogada frente a la caja de sugerencias o el cine.

Es fácil decirlo, demasiado fácil, y hemos tenido más que suficiente de descripciones brillantes. Decir que en Norteamérica los bienes son como las frutas y la gente como los bienes, vistosos pero insípidos, no conduce a nada, pues la abrumadora realidad es que el resto del mundo no quiere sino lo mismo. El valor desaparece de la tierra porque a nadie le interesa pelear por él más allá de las brillantes superficies tan atrayentes para todos. *Der Weg stirbt.*

## II

¿Será acaso posible replantear al hombre de modo que le sea restituida su dinámica? No lo sé. Pero, para mí, una primera respuesta estaría en sus peculiaridades sistémicas. El problema con las formulaciones heredadas que han contribuido a destruirlo (la idea de sí mismo como el centro de los fenómenos por dictado, o de Dios como el centro y el hombre como su reflejo principal), es que dejan a un lado a la naturaleza como tercero inadmitido o suprimido, una especie de Espíritu Santo al que, por un momento, le fue dado tocar la lengua de los hombres y luego, en seguida, porque el fuego fue excesivo, huyó, para terminar en una suerte de espacio intermedio entre dios y el diablo, el cual

entonces, naturalmente, se transformó en el agente más poderoso de todos. Del resultado hemos sido testigos: en el descubrimiento de aquella cosa suprimida, la naturaleza, la ciencia barrió con todo. Usando su poder, conduciéndola como a una criaturita, para devolverle luego de nuevo su lugar, pero sin recordar de algún modo qué verdad había al centrar el hombre en sí mismo el uso de lo que fuere —dios, diablo o espíritu santo—, la ciencia rompió el equilibrio, y mandó a volar el valor, la peculiar responsabilidad del hombre.

Si la falta de selectividad es la condición original del hombre (un concepto más apropiado que esa belleza a caballo, *caos*, la generalización más desmesurada, que reclama, obviamente, al gigante barbado para que le venga a dar forma), mas si, no obstante, la selectividad es un impulso igualmente originario en virtud del cual el hombre termina por hacer algo respecto de la falta de selección, entonces uno estaría obligado —¿no?— a buscar alguna instrumentación inherente a él que hiciera posible la selección. Y se ha llegado tan lejos, es decir, la ciencia, como para preguntarse si las huellas digitales no serán nudos cognoscitivos por derecho propio, pequeños cerebros (pequeñas células fotoeléctricas me parece que denominan ahora a la piel) que, instantáneamente, al responder a los estímulos externos ¡toman decisiones! Es una idea notable y muy útil. Pues la rapidez con la que el hombre se apropia de lo que en verdad experimenta es la primera causa de su asombro. Pero, una vez que has dicho esto, ¿no has hecho acaso una de estas dos cosas?: o bien te has condenado para siempre al volver mecánica al “alma” (por mucho tiempo ésta ha sido la palabra que recubrió la selectiva realidad interior, peligrosamente localizada entre esas exterioridades que, a su vez, con generosidad, recubre la palabra “caos”, como si fuera pintura “Sherwin Williams”); o bien has cometido posiblemente un crimen mayor. Has concedido que esa realidad externa sea algo más que la sustancia a la que el hombre da entrada. Al dar tanta

importancia al umbral de la recepción y al poner la instrumentación de la selectividad tan distante de su lugar tradicional (el más grande de los humanistas inicia así un soneto: “pobre alma, el centro de mi perversa tierra”), has ido tan lejos como para implicar que la piel misma, el borde entre el hombre y la realidad externa, es el lugar donde ocurre todo lo que importa, que el hombre y la realidad exterior están tan implicados uno en el otro que, para efectos humanos, mejor habría sido tomarlos por una y la misma cosa.

Por un crimen semejante, me siento tentado a aventurar una conjetura sobre el modo de restituirle al hombre algo de su antigua transcendencia. Pues esta metáfora de los sentidos, de la velocidad de la luz, literalmente, con la que el hombre absorbe a cada instante todo lo que le presentan los fenómenos, es también —mi propia experiencia me lo dice— una imagen justa de los caminos de su energía interior, de los caminos de aquellas otras cosas que, por alguna razón suelen ser separadas de las adquisiciones externas: sus sueños, sus pensamientos (para usar el lenguaje de los predecesores), sus deseos, pecados, esperanzas, temores, amores. No puedo conformarme con la idea de que estas cosas —denominadas interiores— sean a tal punto separables de los objetos, sucesos, personas, que constituyen su contenido y en virtud de los cuales el hombre se los representa y reacciona, a pesar de la succión de símbolos que no ha dejado de aumentar desde que los grandes griegos promovieron por vez primera la idea de un mundo trascendental de formas. Lo que yo veo es que cada hombre hace, en el campo de lo fenoménico, su propia selección particular, y es cierto que empezamos a hablar de personalidad, aunque no advierto que este acto peculiar de individuación sea privativo del hombre, observable como es en individuos de otras especies de la hechura de la naturaleza (no le conviene hoy al hombre separarse con excesiva confianza de las criaturas de la naturaleza).

Y aún si nos apegáramos a la personalidad, ¿nos llevaría más lejos dentro de esas áreas específicamente humanas (o que han interesado más específicamente al humanista)? Tampoco me confirma el supuesto adelanto de pensar que el proceso por el cual el hombre transpone los fenómenos para su uso, sea separable de la recepción misma de estos fenómenos, así como tampoco la recepción en sí puede ser separada del mundo. Lo que acontece en la piel es más semejante que diferente de lo que sucede adentro. El proceso de la imagen (para ser más precisos respecto de la transposición de lo que permite la idea de "alma" o el vicioso "constructor de símbolos" de los analistas) no puede ser apprehendido si se lo separa de la materia sobre la cual se constituye. Una vez más, aquí, como cuando se trata de la experiencia, la ley permanece, la forma no está separada del contenido. El error de toda otra metafísica es descriptivo, se trata del profundo error que Heisenberg tuvo el acierto de admitir en su principio, según el cual una cosa puede ser medida en su masa sólo si, arbitrariamente, decidimos detener su movimiento, o medida en su movimiento, sólo si desatendemos, durante la medición, su masa. Y en ambos casos, erramos el blanco, hasta donde concierne al ser humano, esto es, su vida. Sólo una cosa puede hacerse con la cinética: actuarla. De ahí, lo que dijo el hombre: aquel que posee ritmo, posee el universo. De donde se desprende, también, que el único gemelo que la vida tiene es el arte, su única metafísica válida. El arte no intenta describir sino actuar. Y si el hombre ha de poseer una vez más algún propósito en su existencia, si ha de asumir la responsabilidad implícita en su vida, tiene que abarcar, íntegro, su propio proceso: desde el exterior, vía la piel, hacia adentro, y por sus propios poderes de conversión, de nuevo hacia afuera. Pues queda todavía por examinar nuevamente esta otra parte del movimiento que llamamos vida, esta otra parte que con tanta frecuencia sobrevaloramos, la acción humana, esa tremenda descarga de fuerza que sobreestimamos cuando la apre-

ciamos por sí misma, pero que (cuando es válida) equivale al total de la absorción más el total de la transposición.

Vale la pena agregar estas palabras: la acción es el equivalente de su causa únicamente cuando avanza intacta, sin merma de calidad, desde el umbral de un hombre, y a través de él, y de vuelta otra vez hacia afuera, al mundo exterior de la cual provino; ya sea que el mundo externo sea otro ser humano o diversos seres humanos enmascarados bajo la generalización de “sociedad”, o que tome la forma de las cosas mismas. En otros términos, la propuesta aquí es que el hombre, con riesgo de su vida, rompe la totalidad del circuito objeto-imagen-acción en cualquier punto. El borde del encuentro entre el hombre y el mundo es también el filo que corta. Si el hombre está activo, entonces justo ahí donde la experiencia entra, vuelve de regreso, y si permanece alerta cuando ésta entra, lo estará igualmente en su momento de salida. De lo contrario, todo lo que haga dentro de su casa se pondrá rancio, más y más rancio cuanto menos atento esté él ante su puerta. Y su puerta es, también, el lugar donde es responsable por algo más que él mismo. El hombre ciertamente influye sobre la realidad externa, y podemos afirmarlo sin temor a incurrir en las estupideces del misticismo (que ama aparentemente el misterio en lo exterior tanto cuanto lo ama en lo interior). Si el hombre elige tratar la realidad externa, aunque sea en mínima medida, como cosa diversa de su propio proceso, en otros términos, como cosa diversa de aquello que concierne a su propia vida interior, entonces (díscolo como es y obligado —lo quiera o no— a usar su energía —la naturaleza es tan sutil—) la usará en una dirección opuesta. La usará precisamente como viene haciéndolo desde hace demasiado tiempo, con propósitos voluntariosos y arbitrarios que, en sus efectos, no sólo trastocan el rostro de la naturaleza, sino que de hecho atajan y desvían su fuerza hasta volverla incluso contra ella misma, tan poderoso es, el hombrecito. Lo que el pequeño, voluntarioso hombre moder-

no no reconoce, es que poniendo a la naturaleza contra sí misma, la pone también contra él mismo, cautivo como está en sus manos, para su provecho, si así lo elige, pero también para su mal uso, como ha hecho hasta ahora.

Lo que me violenta es la manera en que el hombre se niega a aceptar las consecuencias de la disposición de sí mismo desde su propia entrada, como si un beso fuera cualquier cosa, como si él mismo lo fuera. Daría a un Rimbaud palabras y palabras, nunca una mano, como si Rimbaud no fuera más que un capricho de la naturaleza y no una revelación. O a gente distinta de él, la convertiría en un tema de estudio para los historiadores, o en la curiosidad de los turistas, sin apenas detenerse en ellos, sin que importe la magnitud en que esta gente ponga en evidencia valores que —pensaría uno— a él y a sus semejantes bien podrían serles útiles. He descubierto, por ejemplo, que los jeroglíficos de los mayas muestran una localización de ellos mismos dentro de la naturaleza, en total contradicción con la que nos es propia y, sin embargo, no tengo conocimiento de que algo de la posible utilidad para nosotros de esta diferencia se halla filtrado hasta la sociedad actual. Lo que se ha hecho es lo que hace Toynbee, disminuir la energía que una vez se dispensó aquí, haciendo pasar los jeroglíficos por el cedazo de la escritura alfabética, que vienen luego a ofrecernos como una más de las falsificaciones de la naturaleza, como una joya, un adorno del conocimiento que habrá de exhibirse en un sagrado y eterno cuello cristiano. Es intolerable aquello en que han convertido el conocimiento del pasado, cómo se ha drenado la función de la memoria humana en las manos de estos monstruos eruditos que se nos presentan como “los que saben”. No saben nada, si no saben cómo volver a las condiciones de posibilidad de aquello que saben. Peor aún, no saben cómo transmitirnos la energía implícita en ninguna gran obra del pasado, porque destruyen deliberadamente esa energía, pues la consideran peligrosa para los estados para los

cuales trabajan, y lo es en verdad, ya que cualquier cosa concreta resulta un peligro para los retóricos y los políticos, tan peligrosa como pueda serlo una moneda fuerte para un banquero. Y cuanto más vivo más me inclino a pensar que la razón última por la cual el hombre se aparta de la naturaleza y, en consecuencia, de su propia oportunidad, es que forma parte de un rebaño que quiere hacer precisamente lo que la naturaleza desautoriza: que la energía pueda perderse. Cuando veo la corrupción y la basura por la que se deja conducir el hombre, comprendo que el más alto logro humano consiste en esta proeza pueril: destruir, destruir, destruir. Es excesivo. Excesivo para perder en él el tiempo, este idiota que desparrama sus fluidos como un truculento *chamaco* del vecindario, carente de dedos, que tira el agua del pozo mientras los pájaros de los alrededores están muriendo de sed en el más caluroso de los meses, y las mujeres vienen en tropel por las mañanas, con sus bebés a cuesta, implorando al menos una taza del precioso líquido para las ánforas que llevan a sus caderas. El hombre ha hecho de sí mismo una cosa repugnante y deplorable.

Era mejor ser un pájaro, como parecen haber sido estos ma-  
yas, girando nerviosamente sus cabezas para salvar sus vidas, para estar alertas ante el mundo circundante, para vigilarlo aún en la víbora elusiva y mortal como era el mundo, en su percepción, o aquél enorme pájaro del que vivían con terror, el zopilote, que devoraba sus cuerpos cuando yacían sin vida, o al que atisbaban al alba en un gran túmulo negro, como langostas, cayendo sobre un ciervo que quedó, durante la noche, sin resuello o que se quebró una pata. O incluso a Venus vigilaban, como si fueran también ellos un grajo y pudieran atacarla verticalmente, en su casa llena de agujeros como una flauta, que —pensaban ellos— cuando estaba en lo alto cundía sobre ellos, con el viento del Este, enfermedades y esas inflamaciones en la piel que ellos llaman *granitos*. Cuando nueva, cuando planeaba por el cielo de la mañana, se escondían en sus casas por temor a ella, *Shoosh Ek*,

por temor a su mordida, ella era la avispa por el modo en que podía fulminarlos, como la vara eléctrica que abatió, hará un año, a uno de estos pescadores, lo alcanzó en medio del golfo mientras permanecía sentado en la proa de su *cayuco* con la caña echada para el cazón del día, y lo mató sin más señas que la pequeña dentellada de un beso, y esa fue la explicación que recibió su mujer cuando lo arrastraron a la playa, como si lo hubiera redado un bien remunerado tiburón.

O ser un hombre y una mujer como era el Sol, el modo que tenía de sacarse de quicio con la Luna, de principio a fin, con su manera de ser, de comportarse, y él enfrentándose con ella, pues, en efecto, le llevaba ventaja, era el más veloz. En el comienzo era simplemente joven y engreído, y ella, bueno, una muchacha que vivía con su abuelo, hilando tela, como se supone que debe de vivir una muchacha. Ya entonces él la aventajaba, pues era cazador y como podía cazar podía convertirse en colibrí, y lo hizo así tan sólo para acercarse más a ella, a esa belleza —como le parecía a él— y que anhelaba saborear. Sólo que, y aquí aparece la dificultad, tenía que actuar y mientras se acercaba brincando de una flor de tabaco a la siguiente, el abuelo de ella lo abatió de una pedrada. Y el sol cayó en brazos de la luna, quien lo llevó a su cuarto para curarlo, pues estaba lista para ser esposa, la segunda madre de un hombre, como son las esposas por estas tierras donde con tanta frecuencia los pájaros caen de una pedrada, y necesitan de cuidados para poder recuperar la conciencia, para luego, si conservan intactas sus alas, poder irse volando otra vez. Como le sucedió al sol. Sólo que, como él también podía hablar, convenció a la luna de que huyera con él en su canoa. Pero, ahí tienen ustedes, siempre hay peligro. El abuelo consigue lluvia para lanzarles su fuego y aunque el sol se transforma en una tortuga bien dura para poder resistir, la luna, oculta en el caparazón de un cangrejo, no alcanza a cubrirse y muere.

Esta no es más que una parte de la historia, la más obvia y

sólo en apariencia la más dramática. Pues he aquí que las libélulas recogen la carne y la sangre de la luna en trece troncos huecos, de esos mismos en los que el sol ahuecó su inútil canoa para la fuga, pensando que se salía con la suya, que tenía por fin a la luna sólo para él, tonto sol. Pues ahora aquí está de vuelta, después de trece días, desenterrando los trece troncos, para descubrir que doce de ellos no guardan más que insectos y víboras que vuelan y se arrastran por la tierra de los hombres e infectan a la gente en un clima caluroso, de modo que muchos mueren antes de poder tenerse en pie, y muchos otros están listos a esa altura para una enfermedad o un entumecimiento, y lo mejor que se puede hacer en esos casos es yacer tranquilo hasta que el veneno pase. Pero queda el tronco trece y allí está la luna de regreso a la vida, pero le hace falta esa parte que hace mujer a la mujer, y únicamente el ciervo puede darle eso, y, en efecto, se lo da, así que el sol y ella pueden hacer lo que tienen el placer de hacer hombre y mujer, como un respiro en el constante martilleo.

Pero, vean ustedes, nada dura para siempre. El sol tiene un hermano que viene a vivir con ellos, y pronto el sol sospecha que entre la luna y la gran estrella pasa algo, pues este hermano es el tercero en el cielo, el perverso, la avispa que con frecuencia aparece con la luna. Con un truco, el sol los descubre, y la luna, descorazonada, va a sentarse sola a orillas del río, donde el zopilote la convence para que escape con él a la casa del rey de los zopilotes. Y aunque un buitres no es algo tan hermoso como el sol, no vayan ustedes a creer que este pájaro, capaz de ennegrecer el cielo y comer criaturas muertas hasta no dejar más que huesos que el sol blanquea, no tiene sus atracciones, sobretodo para la luna y, en especial, si se trata del rey. Lo aceptó, lo hizo el tercero de sus hombres y fue su esposa.

Pero el sol no había acabado con ella, seguía descándola, y de nuevo recurrió a la ayuda del ciervo. Consigue una piel prestada y oculto en ella —conociendo como conocía los hábitos de los

buitres— se hace pasar por un cadáver. Llega el primer buitre, aterriza a cierta distancia con torpeza, se aproxima a tropezones, nervioso, hasta que, cuando está a punto de dar un picotazo a eso que le parece un cervatillo, el sol brinca sobre él y sale volando a encontrarse con la luna. La apresa triunfalmente, pero sucede que ella no se decide a volver con él.

En este punto, por razones de peso o no, el sol y la luna suben al cielo para asumir sus deberes planetarios. Pero, descubre el sol, falta una última cosa por hacer a la luna para que los hombres queden conformes con ella: tiene que sacarle un ojo de un puñetazo, pues los hombres protestan porque es tan brillante que no los deja dormir, y demasiado se parece la noche al día, y ya el día resulta excesivo, y algo de la dulzura de la noche han de tener. Así pues, lo hace, le saca el ojo y da gusto a los seres humanos. Pero cuando se excede, cuando de tanto en tanto la eclipse por completo, algunos sostienen que es señal de que los dos siguen peleando, presumiblemente, porque el sol no puede olvidar la promiscuidad de la luna, aunque según dicen otros, la luna es definitivamente errática, una mentirosa, una chismosa que cuenta al sol cómo se comporta la gente en la tierra, cómo se embriaga y hace las mismas cosas que ella; de hecho, dicen los viejos, es tan difícil entender a la luna como a una mujerzuela cualquiera.

Eran apasionados, estos mayas, por el mundo en que vivían, apasionados para ingerirlo tal como era, tal como es —conciudadanos míos.

(1951)



